

pablo oyarzún

el rabo del ojo

UNIVERSIDAD
ARCIS

PRÓLOGO

El rabo del ojo: tiene el idioma esta locución fantasiosa para algo que en otras lenguas suele designarse, muy descriptiva y sobriamente, “esquina” o “ángulo”, *corner*, *coin*, *Winkel*. Para empezar, y sin necesidad de dar crédito a la imagen todavía, esa mirada de sesgo a que alude la expresión —y ésta lo hace también sesgadamente— siempre me ha parecido definir con toda exactitud la clase de vínculo que la inteligencia (o desinteligencia) crítica mantiene por principio con su objeto, sea éste imagen o palabra. Cierta sesgo, soslayo o bias la determina, indefectiblemente.

En sentido propio, nunca pensamos, decimos o escribimos “sobre” algo, “acerca de” algo, “en torno a” algo, sino desde y hacia ese algo, que tampoco está jamás inmediatamente disponible para la comprensión —de otro modo el empeño saldría sobrando—, sino que siempre se encuentra, en su corpórea materialidad y en su idealidad de sentido, en dirección oblicua a nuestra ocupación presente. Jamás coinciden los tiempos de esta ocupación y de su objeto, como no sea en algún momento dichoso y absolutamente fugaz, y por eso mismo esquivo. (Ese instante meteórico es acaso lo que llamamos “la verdad”).

De ahí que pensar, decir, escribir, y sobre todo esto último, en que las dos primeras ocupaciones encuentran la irreducible e indefectible prueba de su ocurrencia, de ahí que todo ello consista, a fin de cuentas, en arrastrar el rabo: en esa estela virtual que la escritura intenta repasar se juega la alternativa de inteligencia y desinteligencia.

Escribir es un menester eminentemente crítico: escribir es separar(se). La crítica de oficio, es cierto, separa para volver a unir. La condición de tal rendimiento es la separación primaria respecto del objeto, de la *cosa*. Pero esa separación nunca es total, no seríamos si lo fuese. Individuados, nunca somos individuos si no es en relación: en la memoria o la expectativa de la *cosa*. Siempre hay un vínculo: el interés. El rabo del ojo es la cola del interés que arrastramos en la mirada, aun ensimismada, aun en los ojos entornados que resguardan el empollamiento del juicio.

Por eso, la crítica puede considerarse como una actividad emblemática de la aventura y el advenimiento de la subjetividad misma. Si un yo es el que —también irreducible e indefectiblemente— escribe, si sólo un yo puede escribir, y sólo escribiendo —de alguna manera escribiendo— puede ser un yo, entonces: el tiempo y el lugar en que ello ocurre, la razón o sinrazón que lo mueve, por oculta que (le) esté, y, en fin, todo lo que el sujeto debe inhibir para asegurar su postulada redon-

dez, son el rastro indeleble de su incidencia. Huida o aproximación, la escritura, en su condición crítica, da noticia del incidente que es el yo, de la estricta puntualidad de su acontecer, así como también acusa el temblor de su perfil indeciso.

La fuerza de la crítica consiste en hacerse cargo de esta puntualidad y de este temblor: su imperativo es no esconder el rabo. El rabo del ojo: la subjetividad (crítica) forzada al margen de indeterminación en que ella traba relación con su tema y, en ese mero borde, consigo misma.

Pero puede que todo esto sea mucho decir; al fin y al cabo, “el rabo del ojo” es sólo un nombre electivo para denominar lo que quisiera fuese mi peculiar disciplina crítica: sospecho que lo esencial de todo hecho artístico y estético —y por eso mismo la seña mediante la cual nos avisa de su índole— descansa en que es inconmensurable, en que resiste las comparaciones, y sólo se da en un tiempo de relación —de experiencia— único y puntual, oportuno, a quien esté dispuesto, para abrirse, a renunciar, todo lo que pueda, a su repertorio consuetudinario de reacciones, categorías y propósitos. Por eso desconfío de la mirada frontal, que escudriña, captura y cataloga, establece cánones y filiaciones; siempre trato de volver a lo que fue el primero de los vistazos, inopinado y sin control, bies arcaico que confirma la singularidad absoluta de lo fugitivamente divisado, puesto que reconoce la fuerza —la frágil fuerza— de su presencia.

Hace mucho tiempo, cuando mi muestrario crítico sumaba mucho menos que la cuarentena de escritos que aquí están recopilados, formaban los existentes un mismo cuerpo con otros textos, de intención teórica e histórica, que ahora figuran en el volumen *Arte, visualidad e historia* (Santiago: Blanca Montaña, 2000). Imaginaba que la vecindad entre unos y otros podría dar cuenta, no diré del vínculo que pudiese tener una doctrina con su aplicación —lejos de eso, en verdad—, pero sí de cierto reverbero entre ambas series, en virtud del cual se iluminarían éstas mutuamente: también una especie de sesgo, se me entiende. Pero el compendio se me hizo muy voluminoso, y deseché la idea, optando por la publicación separada. No obstante, desearía que, al considerar estos trabajos, el lector tuviese presente ese primitivo designio.

El orden en que los presento es obvio; todas las señas pertinentes se encuentran en un apéndice al final del volumen.

Agosto de 2001